

## LA GUERRA DE ZAPA

(EL SERVICIO DE INFORMACIONES EN LAS CAMPAÑAS DE  
CHILE Y DE PERÚ)

### INTRODUCCION

La "Guerra de Zapa", como denominó genialmente San Martín a los trabajos subterráneos de que se valió para ablandar el poderío de los realistas que dominaban el territorio de la Capitanía General de Chile y del Virreinato del Perú, constituye una de las etapas más brillantes de la carrera del Capitán de los Andes. No recurrió entonces al poder ofensivo de las armas sino a los recursos que le brindaba su inteligencia, rica en imaginación, fecunda en ingenio y en artificios, con los cuales pudo burlar al enemigo cuantas veces se lo propuso y, trastornar sus planes en tal grado, que hazañas capitales como el Paso de los Andes y la Expedición a Lima, no encontraron otros enemigos de riesgo que los elementos que pudo oponer la naturaleza.

Los Héroes de aquella singular guerra no son muy conocidos porque, incluso, las instrucciones reservadas exigían que se actuara con el mayor secreto. Sin embargo, los nombres de los principales agentes del espionaje y contraespionaje sanmartiniano han sido recogidos por la Historia, así como los seudónimos que escudaban la labor sigilosa y anónima que se les asignó.

Rodríguez, Vargas, Ramírez, Merino, Stay y Torres, fueron las cabezas visibles del Servicio de Informaciones montado

por el genio previsor de San Martín. De Justo Stay, un humilde tropero, llegó a decir el Capitán de los Andes: "le corresponde buena parte de la gloria de Chacabuco". De otros espías no se conserva ni siquiera el nombre; en los partes de guerra y en las gacetas de la "época jamás aparecieron mencionados, aunque todos ellos supieron luchar con inteligencia, con coraje inaudito, realizando hazañas propias de titanes, donde el denuedo y la intrepidez estaban a la orden.

El bosquejo histórico que ahora esbozamos equivale a un homenaje al Ejército Civil que actuó como adelantado del Ejército de los Andes.

El héroe principalísimo de aquella tropa invisible se llamaba Manuel Rodríguez, joven abogado de Santiago, de espíritu fogoso, de imaginación ardiente y arrebatada, y con condiciones nada despreciables para desempeñarse como caudillo popular. Samuel Haig (1), que tuvo oportunidad de conocerle, lo describe así: "medía cinco pies y ocho pulgadas de alto; era extremadamente activo y de muy buena textura; su presencia era expresiva y agradable". San Martín, maestro en la elección de sus colaboradores, acertó una vez más. Rodríguez cumplió abnegadamente su cometido hasta el final, hasta que "el trágico final disponga de él", según lo había vaticinado el propio Gran Capitán. Y los cronistas de la época se muestran contestes en atribuir a Rodríguez buena parte del pavor y del desconcierto que reinaba entre los jefes realistas.

Estamos en noviembre de 1815. Al retirarse las nieves de la Cordillera, que eran las trincheras naturales que defendían a Cuyo de los enemigos, el territorio argentino quedaba a merced de los "sarracenos". En tal apuro, San Martín, como indica Mitre, "se despojó de la piel de león vistiendo la del zorro, y con autorización del Gobierno abrió comunicaciones con los realistas" (2).

---

(1) SAMUEL HAIG, *Sketches of Buenos Aires and Chile*.

(2) "Sarracenos", denominación vulgar que se daba a los individuos de las tropas realistas o a sus partidarios.

1) OBJETIVO, DEFINICION Y TRASCENDENCIA DE LA  
GUERRA DE ZAPA

Los objetivos primordiales de la "guerra de zapa" se hallan contenidos en una comunicación, que el director supremo envió al gobernador intendente de Cuyo, con fecha 1<sup>o</sup> de febrero de 1816, en la que, entre otras cosas, le expresa :

"Deberá Ud. proponerse alarmar a Chile, reducir las tropas realistas, promover la deserción, figurar los sucesos, desconcepar los jefes, infundir temor a los soldados y procurar desconcertar los planes de Marcó" (3).

Puede manifestarse, empero, con la más absoluta certitud, que la concepción inicial, el planeamiento hasta en sus últimos detalles y la dirección global de la "guerra de zapa", correspondió por entero a San Martín. Suya es igualmente la paternidad de tal denominación, según se desprende del texto de una carta que envió a D. Tomás Godoy Cruz: "La guerra zapa, es decir, la guerra de seducción, debe emplearse antes de tocar los extremos de una batalla, y en el caso forzoso de ésta, proporcionarse el terreno" (4).

En cuanto al decisivo rol que jugó este singular género de lucha en la marcha general de las Operaciones, nos limitaremos a consignar el testimonio de dos autoridades del campo realista. En el Informe del coronel español D. Rafael Maroto, presentado por éste a raíz de un sumario que se instruyó en averiguación de las causas que originaron la derrota de Chacabuco y la pérdida de Chile, manifiesta el mencionado jefe: "El insurgente San Martín con falsas llamadas, cartas estudiadas y otras tramoyas trastornó los planes encaminados a defender de una invasión la Capitanía..." (5).

Los datos que consigna D. Mariano Torrente en su obra sobre "Historia de la Revolución hispano-americana" concuer-

---

(3) Documentos del Archivo de San Martín, t. III, p. 14.

(4) Documentos del Archivo de San Martín, cit. t. V, p. 530.

(5) Informe del coronel D. Rafael Maroto, Lima 17 de abril de 1817.

dan, en general, con los que D. José Rodríguez Ballesteros expresa en la "Revista de la Guerra de la Independencia de Chile" y con los del brigadier D. Rafael Maroto, que hemos transcrito anteriormente. De acuerdo a los mismos, las falsas noticias propaladas continuamente por San Martín indujeron a Marcó del Pont a efectuar un verdadero desparramo de sus fuerzas, incurriendo con ello en uno de los más grandes errores de la conducción. En esa forma envió tropas a Concepción, Curicó, Talca, San Fernando y Rancagua, disminuyendo sensiblemente los efectivos de la capital y alrededores.

Paralelamente a la conclusión de las fases preliminares de la expedición libertadora al Perú, San Martín había iniciado su guerra de zapa en el territorio peruano, teniendo una vasta red de espías y creando el clima propicio a la revolución, eficazmente auxiliado por numerosos patriotas, que actuaban como agentes secretos y se mantenían en contacto con él desde 1817, por mediación del mayor Domingo Torres, que fué el primer emisario enviado a Lima, auxiliado de cerca por Bernardo Landa y Mariano Portocarrero, que más tarde se unieron a Miller, cuando éste desembarcó en Tacna.

## 2) SISTEMA ADOPTADO EN LA BUSQUEDA DE INFORMACIONES

En el momento de planear y emprender la organización del servicio de espionaje en Chile, San Martín debió abocarse al problema creado por la ausencia de antecedentes en la materia. Nada que pueda ser considerado como un Servicio de Informaciones, siquiera fuese en embrión existía en las filas del Ejército patriota. En esto San Martín se adelanta un siglo a los métodos y sistemas que permiten considerar a la labor de Inteligencia como fundamental y decisiva para decidir el curso de una guerra. En cambio, parece probado que dispuso de recursos económicos "suficientes" para poder afrontar los gastos de manutención, viajes y pago de infidencias.

Es menester tener en cuenta de que la mayoría de los agentes informantes que actuaron en Chile y en Perú eran personas imbuidas de un alto espíritu patriótico, capaces de poner en beneficio de sus ideales no sólo su esfuerzo y valentía, sino también de allegar a la causa de la Independencia fondos provenientes de su peculio personal.

El problema orgánico fué resuelto por San Martín en la mejor manera posible, que era adoptando como lo hizo, un criterio "clásico" en la organización del servicio, que fué dividido, según hemos podido deducir de los diversos contactos de los agentes y jefes de células, en dos sistemas fundamentales, a saber:

- a) Sistema celular
- b) *Sistema radial*

Del estudio de los distintos informes remitidos a Mendoza por los agentes secretos, hemos podido llegar a la conclusión de que la adopción de los distintos sistemas obedece fundamentalmente a las misiones a desarrollar por cada uno, lo cual evidencia un criterio acertado desde el punto de vista de la técnica del espionaje.

En efecto, para todas las actividades que, además de proporcionarles informes sobre los realistas, debían cumplir tareas de carácter subversivo, se adoptó el sistema celular, lo que favorecía la ejecución de las misiones previstas sobre el particular.

Esto está justificado, puesto que a mayor cantidad de misiones a cumplir, el sistema debe tener más flexibilidad, difusión y, sobre todo, debe tender a abarcar una zona geográfica mayor; de esa manera, consecuentemente con la ejecución del espionaje, se puede efectuar en mejor forma, la propaganda subversiva.

En cambio, para el cumplimiento de misiones específicas aisladas, en las cuales los agentes vieron disminuidas sus posibilidades de actuar, ya sea por la acción del contra-espionaje

enemigo o por dificultades de otra índole, se empleó con éxito el sistema radial.

Así, combinando las ventajas y desventajas de ambos sistemas, montó una organización de espionaje que estuvo dotada de una singular eficacia y cuya influencia en la elaboración y posibilidad de ejecución de la resolución operativa de San Martín, fué de una importancia trascendental.

En tal sentido, debemos recordar que uno de los más importantes agentes secretos del Gran Capitán, don Juan Pablo Ramírez (a) Antonio Astete, fué quien señaló el valor operativo que tenía la cuesta de Chacabuco como punto llave en la futura acción del Ejército de los Andes. Fué Ramírez quien individualizó a la mayoría de los agentes que Ossorio quiso introducir en Mendoza, en un vano intento de reeditar los éxitos de San Martín en Chile.

Al efecto, el jefe realista había despachado como espía un fraile franciscano, llamado Fr. Bernardo García. Al llegar al fuerte de San Carlos sobre la frontera sud, el agente de Ossorio fué aprehendido, y previa causa que se le siguió fué sentenciado a muerte con arreglo a los bandos vigentes respecto de todos los que sirvieran de intermediarios a comunicaciones con el enemigo. En vano el emisario de Ossorio protestó que venía huyendo de las persecuciones de los realistas; el gobernador tenía la evidencia de lo contrario, y le dió el término de veinticuatro horas para prepararse a morir. No obstante estos terribles bandos —que nunca aplicó, “por política”, según él—, repugnábanle los escarmientos innecesarios, y prefería utilizar a los delincuentes, que era lo que se proponía en estos casos. Ante la amenaza del suplicio el fraile espía entregó las comunicaciones de que era portador, y que traía cosidas en el forro de su capilla. Esto agregaba un hilo más a su complicada trama.

Las cartas de Ossorio eran dirigidas a cuatro españoles confinados en Cuyo, conocidos por la exaltación de sus opiniones realistas. San Martín los llamó uno por uno, y mostrándoles las cartas acusadoras, les notificó que su conductor iba

a ser pasado por las armas, como lo serían ellos, si no guardaban el más profundo secreto. Los hombres salieron aterrados. En seguida se ocupó el mismo en redactar las contestaciones, comunicando a su enemigo todas las patrañas que le convenían en estilo apropiado, que hizo copiar por mano de un niño con letra contrahecha, las que fueron firmadas por los corresponsales señalados por el mismo Ossorio, bajo la misma amenaza de inviolable sigilo. Estas misivas las llevaban espías dobles bien alocados, quienes las entregaban en Chile, eran bien recompensados y regresaban con las contestaciones del enemigo y noticias de los amigos. De este modo tenía San Martín un triple juego de espías, además de numerosos agentes secretos que había esparcido al occidente de la cordillera, quienes le comunicaban las más minuciosas noticias de todo lo que pasaba en Chile y de las fuerzas y planes del enemigo, a la vez que propagaban por todo el país conquistado el descontento y el espíritu de insurrección.

Dentro del engranaje de su sistema celular actuaron en Chile, como jefes de células, los siguientes agentes:

Dr. Manuel Rodríguez (a) El Español, Chancaca, El Alemán, Chispa, Kiper.

Con el Dr. Rodríguez, que supervisaba el organismo en toda la Capitanía de Chile, enlazaban:

Vicente Gutiérrez

*Garay*

Pedro Aldunate y Toro

José Antonio Guzmán

Diego Guzmán (a) Víctor Gutiérrez

José S. Aldunate

El Tapadera o Lázaro Olguin

Manuel Fuentes (a) Feliciano Núñez

Jorge M. Palacios (a) Alfajor, que a su vez contaba con la colaboración de Francisco Salas y de N. Vivar (a) El Quinto.

Con Juan Pablo Ramírez (a) Antonio Astete, trabajaban

José de San Cristóbal (a) En Concepción y Francisco Villota; con Miguel Ureta colaboraba Pedro Alcántara de Urriola; con Antonio Merino enlazaba José Astete; con Pedro o Pablo Segovia (a) En Concepción informaban Garrote y Bartolo Gómez y, finalmente, con N. Graña empalmaban Corro, Machuca, Tripilla, Fervor, Escabeche.

Los agentes secretos que enlazaban directamente con el Cuartel General de San Martín en Mendoza eran los siguientes:

Francisco Perales  
Domingo Pérez  
Fermín Valenzuela  
Pascual Pardo  
Narciso García  
Francisco Moreno  
Isidro Ruiz  
José F. Villeta  
Antonio Rafael Velazco  
Pedro Astete  
Bartolomé Barros  
Feliciano Silva  
Juan Rivana (a) En Santiago  
Santiago Bueras (a) En 1816  
Francisco Martínez (a) En 1815  
Francisco Salas (a) Por el Planchón Chiflito  
Aniceto García (a) En Santiago  
Nicolás Chopitea  
José F. Pizarro (a) En Coquimbo

Francisco Silva, que luego se pasó a Ossorio y fué encausado por San Martín, registra quizás el único caso de traición en el Servicio de Informaciones que organizara el Libertador en la campaña de Chile; del mismo modo que José García (a) Mario, fué el único espía peruano que desertó de las filas patriotas cuando se organizó la Expedición a Lima. Ambos fueron posteriormente capturados y juzgóseles sumariamente.

Es necesario hacer resaltar que todo el servicio era dirigi-



do con unidad de acción desde Mendoza, sin ningún género de delegación, y contando apenas con alguna ayuda manual del Dr. Bernardo de Vera y Pintado, auditor de Guerra del Ejército de los Andes y muy conocedor del país transandino. El Dr. Vera asesoró en un comienzo al Libertador en aspectos legales que surgían del nuevo género de lucha; después, cuando el Servicio de Informaciones alcanzó insospechada magnitud, pasó a ocuparse del "mosaico de informaciones y datos" que traían consignadas las gacetas y papeles impresos de Chile; además recibía las declaraciones de los que se evadían o expatriaban voluntariamente; o de los que fingían sentimientos patriotas con el propósito de obtener informaciones que pudiesen servir a Marcó. A consecuencia de tal actividad fueron detenidas las siguientes personas:

Eusebio Zelada  
Martín Obredor  
Juan de la Cruz Urquiza  
Fr. Francisco López  
Nicolás Infante y Saraila

José María Manterola, y muchos otros, como reza en el documento que transcribimos a continuación:

"Cuartel General en Mendoza, 1º de enero de 1816.

"Señor Gobernador Intendente de Mendoza: Don José María Tillería, teniente de milicias, Baltazar Catalán y Juan Andrés Saco, han llegado de Chile. No faltan precauciones que califiquen de criminosa su venida pero careciendo de hechos positivos para proceder contra ellos, por un juicio formal, juzgo oportuno el temperamento de que se arresten en la cárcel hasta nuestra entrada en Chile, que el nuevo estado de cosas sincere o examine con nuevos conocimientos su conducta. Entretanto sea esta una precaución contra el espionaje enemigo, sin precipitar un juicio que pueda perjudicar su inocencia. . ."

Fué el propio San Martín quien inició las estratagemas de los espías dobles cuando a comienzos del año 1815, ordenó a los oficiales chilenos Pedro Aldunate, Pedro A. de la Fuen-

te, Diego Guzmán y teniente Ramón Picarte (a) Vicente Rojas, "huir" hacia Chile, después de que se les hizo objeto de supuestas mortificaciones debido a que se les consideraba "anárquicos y perjudiciales". Cada uno de ellos llegó con la correspondiente orden de captura o deportación. No evitaron sospechas, desde luego, pero la celeridad y eficacia de su labor permitiéoles llenar cumplidamente su comisión, dejando bien establecido el servicio de espionaje.

Cambió de sistema San Martín en el celeberrimo caso de Don Pedro Vargas, a quien introdujo cerca de Marcé, en tales condiciones, que ni el más avisado realista pudo sospechar jamás la verdadera intención de Vargas. Obedeciendo órdenes superiores pasó este respetable vecino de Mendoza por español entusiasta y adicto a la causa de Ossorio; fué encarcelado, engrillado y confinado, cuando su vida hubiera podido estar rodeada de confortable comodidad; fué odiado por sus amigos y despreciado por sus enemigos; llegó a sufrir la burla y el desprecio de sus propios familiares, a tal punto, que su esposa doña Rosa Corvalán y Sotomayor inició juicio por divorcio.

Después de sufrir la pena infamante de los azotes, montando una burra, fué despachado con las certificaciones de su traición hacia Chile. Allí cumplió su cometido, mereciendo que su caso se narrase con lujo de detalles en la "Gazeta de Santiago".

El general Espejo destaca con caracteres relevantes su figura, cuando considera a don Pedro Vargas "como el más heroico de los agentes que completaron el plan de campaña" de la epopeya emancipadora.

El Libertador no olvidó sus servicios, enviando la siguiente carta, después de la reconquista de Chile:

"Mendoza, marzo 20 de 1819.

"Señor Intendente y Gobernador de Mendoza, Don Toribio Luzuriaga: Ya es tiempo de que cesen los sacrificios prestados en beneficio de la causa por D. Pedro Vargas: prisiones, multas y confinaciones, ha tenido que sufrir este buen ciudadano y sobre todo, su opinión. El adjunto despacho de Tenien-

te Coronel que tengo el honor de incluir a M. S. y que con fecha 3 de junio he librado al Supremo Director del Estado en favor de este benemérito ciudadano, manifiesta la recompensa de sus servicios, etc.'".

Una variante de este juego de guerra que pudo costar la vida a su protagonista fué la siguiente: declarada la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata el 9 de julio de 1816, San Martín combinó su notificación al enemigo en señal de desafío con el más feliz ardid de la guerra que haya brotado de la cabeza de un general, y el cual tenía por objeto completar su plan de invasión. Para efectuar un reconocimiento de los dos caminos que se habían propuesto franquear en el cruce de los Andes y cerciorarse de si estaban o no francos, imaginó enviar un parlamentario a Marcó, llevándole el acta de la Independencia argentina, previa consulta del Gobierno.

Para tal misión llamó a su ayudante de campo el ingeniero Alvarez Condarco, y le dijo:

La verdadera comisión es que me reconozca los caminos de Los Patos y Uspallata, y que me levante dentro de su cabeza un plano de los dos, sin hacer ningún apunte, pero sin olvidarse de una piedra. Lo despacharé por el camino de Los Patos, que es el más largo y el más lejano, y como es seguro que así que entregue Ud. el pliego que lleva lo despedirán con las cajas destempladas por el camino más corto, que es el de Uspallata (si es que no lo ahorcan), dará Ud. la vuelta redonda y podrá a su regreso formarse un croquis sobre el papel".

Era precisamente la memoria local la gran facultad de Alvarez Condarco como ingeniero: San Martín lo notó con su gran penetración en sus excursiones por la cordillera, y con su habilidad para aplicar las cualidades de cada hombre, había llegado el momento de utilizarla.

El parlamentario se puso en marcha. Al llegar a la primera guardia enemiga al accidente de Los Patos, el oficial que la mandaba ordenó que se le hiciese seguir adelante; pero como iba a anochecer, y en la obscuridad no podría observar

el camino, hízose el enfermo, y así consiguió recorrerlo en plena luz. Desempeñada su comisión con riesgo de su vida, y quemada por mano del verdugo el acta de la independencia de que era portador, fué despedido por el camino más corto de Usallata, como San Martín le había calculado, y así pudo formar con sus recuerdos el croquis que más tarde sirvió al ejército libertador para traspasar la cordillera.

Refiere el primer biógrafo de San Martín que el Libertador daba por descontado que los enemigos atacarían a sus fuerzas en el paso de las gargantas del Occidente de la cordillera, y que tan grande fué su previsión para en caso de una derrota, que de antemano había hecho provisión de víveres y aguada.

El famoso parlamento que el Libertador mantuvo con los principales capitanejos pehuenches en el Fuerte San Carlos, guarda estrecha relación con el convencimiento que trabajaba su ánimo. Así lo certifican las piezas de su correspondencia con Guido: "No puedo dormir pensando en las dificultades de cruzar la cordillera", manifestando luego que era mayor aún su preocupación por lograr salir al valle chileno sin ser esperado por las tropas realistas, porque si tal sucediera "todo se lo llevaría el diablo", según su gráfica expresión.

Consigna García del Río que como los realistas tenían en Chile un ejército de ocho mil hombres perfectamente disciplinados, era necesario hacerles dividir sus fuerzas para no ser completamente aniquilado por ellas. Así fué que, premeditando el general San Martín atacar a Chile por el Norte, le convenía hacer creer a Marcó que pensaba acometer por el Sur, para que destacase allí una parte de sus tropas; al efecto. y conociendo muy bien el carácter de los indios pehuenches (incapaces de guardar un secreto desde el momento en que se les manifiesta la necesidad de ello, y se pone a precio de dinero su revelación), convocó a sus principales caciques; les indicó en una conferencia reservada su designio de atacar a Chile por el camino del Planchón, y les regaló magníficamente para que le concediesen paso por su territorio, y guardasen el más pro-

fundo sigilo para con Marcó acerca de su proyecto. Aceptaron los indios sus presentes; ofrecieron todo cuanto San Martín solicitó de ellos; y en el momento vendieron el aviso a Marcó, quien sabrosamente engañado así por su enemigo, destinó al sur una parte de su fuerza, y facilitó el triunfo de Chacabuco, y la libertad de Chile.

Sin esa victoria, el enorme y titánico sacrificio, jamás soñado en la historia militar del mundo, del Paso de los Andes, hubiera resultado inútil y frustrado en su finalidad trascendente.

La labor de ablandamiento fué lenta, premiosa, difícil. En materia de audacia, de imaginación y de inteligencia se alcanzó niveles tan formidables que aún hoy nos impresionan. Haciendo referencias a la supuesta correspondencia entre el realista Castillo del Albo, que San Martín tenía confinado en Mendoza, y Marcó del Pont, originadas en cartas que San Martín fraguaba de la cruz a la raya, el grave historiador D. Bartolomé Mitre, se cree en la obligación de advertir, luego de citar en su apoyo los testimonios de Amunátegui, Barros Arana y Espejo: "Abundamos en la exhibición de pruebas, por cuanto todos estos incidentes, parecerían más bien aventuras de novela o enredos de drama que hechos históricos". Y en verdad, ¿puede concebirse sin dificultad que Ramírez o Astete se apoderasen de los reservadísimos planes de la defensa de la Capitanía General de Chile? ¿O que Merino obtuviese del secretario de Marcó copia de todos sus despachos reservados? ¿No llegó el Dr. Rodríguez a tomar confesión al Capitán General disfrazado de vestimentas sacerdotales? En aquel torneo de coraje había un permanente reto a la vida, y se hacía puja para ver quien llegaba en su desafío al peligro a demostrar un mayor espíritu de desprendimiento y de abnegación.

Como en vísperas de San Lorenzo, San Martín hubiese querido examinar "de visu" al enemigo. Rodríguez, Stay y Cruz le instaban a que diese esa muestra absurda de temeridad, que el enemigo, seguramente, hubiese tomado como una befa a la que habría podido rubricar con ribetes trágicos. Su

agente confidencial Domingo Pérez, le había enviado una pintura lamentable de aquellos hombres de espada que desmerecían el cargo y la profesión, y la idea de comprobar tales asertos le había asaltado más de una vez. Decíase que el coronel Lantaño, jefe del batallón Chillán, carecía de aptitudes militares y, sobre todo, de carácter, lo que se traducía en la indisciplina y mal estado de la instrucción de la unidad que mandaba. El comandante Morgado, jefe del Talavera, era un militar experto, hábil y muy activo. Acompañábale una muy bien ganada fama de sanguinario.

El comandante Vázquez, jefe del Chiloé, era tenido por cobarde e ignorante. Los comandantes Quintanilla y Barañaño, de los carabineros de Abascal y Colorados, respectivamente, tenían fama de ser hábiles tácticos, muy activos y audaces. El comandante Place, de artillería, había demostrado, por su parte, escasos conocimientos técnicos y tácticos. Ingenieros existían solamente dos, que al decir de Pérez, eran: el coronel Fel-tú, "poltrón y gordo, con cuerpo como de facultad", y Atero, gobernador de Concepción, "hábil y ladrón".

Los demás oficiales merecían ante la opinión pública el concepto de sanguinarios, fanfarrones y arbitrarios, carentes, la mayoría, de los conocimientos profesionales más indispensables.

### 3) AGENTES INFORMANTES, INFORMES DE POBLADORES Y PRENSA

La selección del personal de agentes, uno de los aspectos más importantes desde el punto de vista orgánico de un servicio de la índole del que estudiamos, la realizó San Martín basándose especialmente en la utilización de los emigrados — en su mayoría destacadas personalidades chilenas— que se habían ofrecido voluntariamente a desarrollar tan patriótica actividad.

Contó en esa forma, con personal de la mayor confianza,

capaz, y que se dedicó, en cuerpo y alma, al mejor cumplimiento de la misión asignada.

A pesar de ello, debe reconocerse que la situación en ese entonces era distinta, pues se trataba de un país conquistado y en donde, lógicamente, en cada natural del mismo, había un elemento adicto, que secundaba de buen grado las actividades de los agentes secretos.

Entre esa pléyade de agentes hubo una figura de definida personalidad y que se destacó nítidamente como uno de los principales jefes de células en Chile, verdadero cerebro de la organización existente en el territorio y que además poseía condiciones nada comunes como caudillo y tribuno popular.

Manuel Rodríguez había nacido en Santiago de Chile el 25 de febrero de 1785, graduándose en leyes a los 24 años en la Universidad de San Felipe.

Adherido entusiastamente a la causa de la revolución, participó en 1811 en calidad de diputado por Santiago, en el Congreso de su país, en los peligrosos trabajos de la preparación de dicho movimiento.

Se incorporó al Ejército con el grado de Capitán y fué secretario del general Carrera, al que acompañó en la desgraciada campaña del año 1813. Después de Rancagua emigró como tantos otros patriotas chilenos a Mendoza, donde trabó conocimiento con el general San Martín.

El Libertador lo envió de vuelta a Chile, donde se dedicó a organizar el espionaje y a desarrollar una intensa actividad de carácter subversivo en las provincias centrales de su patria. Insurreccionó entre el Maipo y el Maule, decenas de poblaciones que alzaron su estandarte de rebelión contagiadas por su fe inaudita en la capacidad de los ejércitos sanmartinianos. Cuando sus actividades le daban algún respiro ejercía funciones de periodista o libelista y llovían entonces las proclamas, las noticias de Mendoza, y las advertencias al poderío realista conminándolo a cesar en su ola de persecuciones. Además enviaba periódicamente informes de suma importancia

sobre los efectivos, organización, moral, etc. del enemigo, que fueron de gran provecho al Ejército de los Andes.

Mantuvo una copiosa y singular correspondencia con San Martín, quien prefería contestarle con cartas ex profeso destinadas a ser interceptadas. Ni el tono ni la atención que San Martín dedicaba al destinatario podía extrañar a Marcó, pues el nombre de Rodríguez convirtiéndose por aquellos días en la obsesión desesperante de las autoridades realistas. Púsose a precio su cabeza y aún se redoblaron las ofertas por su captura vivo o muerto sin que nadie, empero, se decidiese a traicionarlo, fuera por consecuencia, lealtad o gratitud a las prendas personales que adornaban su carácter.

Cooperó con San Martín en los días subsiguientes a la invasión de Chile, ejerciendo una efímera dictadura de 48 horas cuando el pánico cundió en Santiago a raíz del descalabro de Cancharrayada. También participó en la concluyente victoria de Maipú.

Su filiación carrerista le hacía peligroso a los ojos de O'Higgins, y todo su partido se puso en campaña para perderlo ante los aprecio que le dispensaba el Libertador.

La Logia decretó su muerte el 26 de mayo de 1818. Buscaron a Las Heras para el cumplimiento de tan "honrosa" comisión, pero Las Heras rechazó con dignidad la afrenta que suponía proyecto tan alevé.

De ese crimen, que tuvo sólo de brazo ejecutor a un obscuro oficial peninsular de apellido Navarro, se lamentó siempre San Martín; más aún, lo deploró como un error. Recuérdese la exclamación de Napoleón ante la trágica desaparición de Enghien: ¡No fué un crimen, fué un error!

El digno general Miller, le consultó sobre este mismo asunto cuando visitó a San Martín en Bruselas el año 1827. San Martín respondió: "Quería mucho a Rodríguez: me hizo importantes servicios desde Mendoza; era inteligente y activo. Cuando supe su muerte en Buenos Aires, me impresionó viva-



mente, porque la sentí y porque calculé que me culparían de ella" (\*).

En los "Escritos Póstumos" de Juan Bautista Alberdi, (t. II, p. 123 y sigtes.) figura la siguiente carta de Sarmiento: "San Martín fué una víctima, pero su expatriación fué una expiación. Sus violencias, pero sobre todo, la sombra de Manuel Rodríguez, se levantaron contra él y lo anodaron..."

Las condiciones geográficas del teatro de operaciones, como así también la distribución de los agentes en Chile y las medidas de contraespionaje español, obligaron a San Martín a valerse de innumerables medios para asegurarse la recepción de las informaciones de sus agentes y, a su vez, poder impartirles las órdenes de búsqueda correspondientes.

Para ello, recurrió en primera instancia al uso de los agentes de enlace y correos, o sea, individuos que, cruzando la cordillera, tomaban contacto con los mismos, entregándoles las instrucciones y recibiendo en cambio las informaciones que los mismos remitían al Cuartel General de Mendoza. Conviene recordar que el Dr. Rodríguez pasó y repasó la cordillera en ocho ocasiones durante el bienio 1815-1816; y que los baqueanos Stay y Cruz, que luego fueron designados Baqueanos Mayores del Ejército de los Andes efectuaron el cruce de la cordillera más de treinta veces, y que, durante el paso de los Andes por el grueso del Ejército, mantuvieron un enlace transversal entre las columnas que querían ganar Chile por los Pasos de Uspallata y los Patos, permitiendo de tal suerte al Libertador una completa sincronización en el avance de sus dos columnas principales.

---

(\*) La logia Lautaro muchas veces aprovechaba la oportunidad de la ausencia de San Martín, para adoptar sus decisiones extremas, como ocurrió con la muerte de Manuel Rodríguez. Según Miller, apesadumbrado San Martín por la triste nueva exclamó: "Hubiese perdido mi brazo derecho antes de que hubiese sucedido esto". Cfr. Carta de Miller a Vicuña Mackenna en "Revista chilena de historia y geografía", t. XIX, pp. 227-229.

La lista de los agentes de enlace, como lo expresamos anteriormente, es bastante incompleta, pues cuando mucho, estos anónimos servidores de la causa de la Independencia, se limitaban a consignar un mote o contraseña para su reconocimiento:

Ramón Picarte (a) Vicente Roxas  
Domingo Sierra  
Juan Mondaca  
Pacífico Mondaca  
Gregorio Alfaro  
Lucas Leyton  
Manuel Millalican  
Manuel Martínez  
Gaspar Marín

Asimismo, es conveniente hacer notar que estos agentes de enlace o correos, eran utilizados por San Martín para la satisfacción de las necesidades de enlace particulares e inherentes a la jefatura del servicio.

También este mismo procedimiento fué utilizado dentro de las organizaciones de los distintos jefes de células en Chile; así podemos mencionar, a título ilustrativo, dentro de la célula de "El Español", a los siguientes agentes de enlace y correos: Manuelita I. M. Fontesilla y G. Gabín.

Lo que hemos descripto anteriormente es la forma convencional de mantener el enlace y, por ende, la más segura y de mayor rendimiento. No obstante, —como lo han demostrado palmariamente oficiales de los Servicios de Inteligencia argentinos— se utilizaron los más diversos medios, inclusive mensajes cifrados y escritos con tinta simpática, tal como se desprende del documento que figura en la página 323 del Tomo II de los "Documentos referentes a la guerra de la independencia y emancipación política de la República Argentina" (y que citan el capitán del S. I. Vicente Ramírez y los tenientes 1º del S. I. Emilio R. Isola y Jorge Cayós, quienes han

agotado este tema desde el punto de vista específicamente técnico).

Anotamos aquí, que tal vez ésta fuera una de las causas de la falta documental de las instrucciones impartidas por el Cuartel General en Mendoza a sus agentes en Chile. Dado que no sería nada difícil que, para evitar cualquier ulterioridad a consecuencia de posibles interceptaciones del contraespionaje realista, San Martín escribiese dichas instrucciones con tinta simpática y luego hayan sido destruidas. Por otra parte, la acción del tiempo hubiera borrado todo vestigio de escritura simpática, sobre todo teniendo en cuenta la técnica deficiente de aquella época.

Que San Martín solía munirse de todas las cauciones con el propósito de evitar o neutralizar los efectos de posibles traiciones, es otro de los aspectos perfectamente documentados en la Guerra de Zapa. A propósito, traemos a colación el conocido caso de "Cayo" y "Mario", que actuaron en el ablandamiento de las defensas del Virreinato del Perú, siguiendo las instrucciones personales impartidas por el Libertador. Como los informes del mayor Torres y de su corresponsal permanente Bernaldes Polledo le permitió una apreciación aproximada del estado de cosas en territorio peruano, introdujo a sus agentes Paredes y García con el objeto de promover un estado de virtual insurgencia. Las instrucciones reservadas hacía a uno espía y contralor del otro. Eran portadores de innumerable propaganda y de cantidades apreciables de dinero. Las proclamas no serían distribuidas solamente en Lima sino que tenían que volar al interior del virreinato, y señala San Martín a Huamanga, al Cuzco, a Arequipa, a Taena y al ejército del Perú, como puntos neurálgicos de esta labor de captación por parte de los agitadores. Como las comunicaciones entre él, y sus emisarios deben hacerse por intermedio de la escuadra, díceles que al tiempo de despacharlas para Chile debe aparecer en la costa un pescador izando una bandera blanca y lanzando la voz de viva la patria. En cuanto a la correspondencia, debe estar numerada y si hay mucho que es-

cribir se utilizará el nitrato de bismuto con pluma nueva, "el cual puede obtenerse en cualquier botica bien provista". En caso de que se escriba con este líquido, se pondrá una cruz de tinta negra en el encabezamiento de la carta. Díceles "que nunca deben esperar correspondencia de él o de su secretario sino por el mismo conductor que trae las cartas de ellos pero que en todo caso estarán con sus firmas y se les escribirá con nombres figurados, a saber: a Paredes el de "Casio", y a García el de "Mario".

. Tanto Paredes como García se embarcaron en Valparaíso y luego hicieron pie en la playa de Ancón. De allí, y acompañados de Domingo Silva, se dirigieron a Lima burlando la vigilancia realista, y estando en la capital dieron principio a su cometido. Muy pronto los conjurados peruanos se reunían en asamblea secreta y proporcionaban a los emisarios de San Martín la suma necesaria para continuar esta misión en el resto del virreinato. García acabó traicionando a su causa por el interés de quedarse con el dinero de que era portador. Como consecuencia de tal traición fueron arrestados casi todos los conjurados. Fuera de estos emisarios fueron muchos los patriotas que colaboraron con San Martín en esta Guerra de Zapa. La Historia nos ha revelado la personalidad de algunos de ellos y sabemos así que Riva Agüero se ocultaba tras elseudónimo de "Demóstenes" o de "Paciencia", que Joaquín Campiño y Fernando López Aldana se asociaban en la misma comunidad nominativa y firmaban con el sendónimo de "José Pardo Prieto y Cía.". Paz Soldán nos da a conocer parte de la clave usada por los revolucionarios, diciéndonos por ejemplo que el 160 correspondía a García del Río, el 456 a Porto Carrero y el 33 a Juan de Dios Ariza.

#### 4) ALGUNAS CONCLUSIONES

1) El servicio de espionaje montado por San Martín había sido instalado en base principalmente a una organización

elástica, que permitió abarcar una amplia zona geográfica, permitiendo el desenvolvimiento normal del espíritu de iniciativa de los agentes. En esa forma, quedó asegurada la oportuna recepción de las informaciones sobre las actividades y constitución orgánica del enemigo. El criterio que privó en la selección de este ejército invisible fué eminentemente realista y empírico. El Libertador buscó hombres audaces y avisados, pero preferentemente buscó a los conocedores del terreno y del medio ambiente donde habrían de desarrollar sus actividades secretas.

2) El sistema no había sido orientado solamente en vista a la obtención de información militar, sino también teniendo en cuenta la ejecución de una intensa acción psicológica sobre el enemigo. En este sentido el historiador militar Orstein califica a San Martín como “fundador de la guerra de nervios”.

3) Tanto las condiciones político sociales de Chile como de Perú, no impusieron exigencias especiales para la preparación e instrucción del personal.

4) El problema fundamental de la transmisión de las informaciones, fué solucionado mediante el empleo de diversos medios, lo que facilitó la llegada oportuna de las mismas.

5) El General San Martín, en la organización del servicio de espionaje en Chile y en Perú, demostró poseer un criterio absolutamente adelantado a la época, montando un instrumento en un todo acorde con lo sancionado por la experiencia cruenta de las dos últimas guerras mundiales, o sea... ¡135 años más tarde!

Sus principios aplicados en la Guerra de Zapa conservan una perennidad que les hace aparecer modernos pese al tiempo transcurrido. Conservan esa actualidad que presta el Genio cuando sabe lo que quiere y se propone lograr sus objetivos asistido por los recursos de la inteligencia.

ENRIQUE PAVON PEREYRA

